

EL HOMBRE CONTRA EL MEDIO AMBIENTE

Por S.A.R. Princesa María Teresa de Borbón Parma

Presidenta de la Fundación Civis

Voy a empezar de una manera poco habitual, contando una historia.

Hace unos años, en un concurso de canciones que celebraba la televisión, hubo una canción (que no ganó, naturalmente) que ponía en escena y hacía dialogar a un hombre mayor y una niña pequeña, su nieta. El anciano y la niña miraban a lo lejos, a través de un instrumento extraño, y él le decía a ella “¿Ves ese Planeta? Es la Tierra, donde vivíamos...” “¿Y cómo era la Tierra?” preguntaba la niña, y el abuelo le contestaba “Había flores, y había ríos y mariposas...” La niña entonces le decía “Pero, abuelo, si había flores y ríos y mariposas... ¿por qué ya no vivimos en la Tierra?”

Ahora vamos a entrar en el tema ¿El hombre contra el medio ambiente?. Hay un interrogante, ¿por qué? Porque la pregunta desvela otro interrogante, más en profundidad, ¿El hombre contra la Historia?

La Historia que se nos presentaba como la dilatación de la única experiencia humana, la Historia nuestra obra mayúscula... Siendo dueños de la Historia éramos también dueños del espacio y del tiempo como categorías autónomas: El Espacio por conquistar, el Tiempo por organizar haciéndolo retumbar con el ruido de nuestras hazañas.

Sólo telón de fondo de nuestra experiencia, sólo testigos de nuestra evolución como especie, de nuestras aventuras, mitos, logros y progresos...

Pero el espacio y el Tiempo no son meras categorías del entendimiento, sino que fundamentan en su bivalencia nuestra existencia. Si el hombre día a día destruye y mina con sus propias manos su espacio, su tiempo, el tiempo dado a la colectividad humana por Dios para quien es creyente, por la Naturaleza para quien no lo es, se está acabando también.

Ahora podemos contestar a la pregunta formulada al principio: Al obrar contra la Naturaleza, (por mucho que se quiera ignorar o disfrazar lo que nos comunican la mayoría de los estudios científicos), el hombre está obrando contra la Historia.

Y no sólo obra contra la Historia como posibilidad, como sustrato de su aventura propia, sino que, además, apunta a su corazón, al sentido que él mismo le ha dado, su sentido místico, su sentido racional y humanístico.

La “Modernidad” ha desvelado muchos misterios, ha aportado muchos conocimientos. Parece más al alcance de la mano este progreso continuo, fruto del esfuerzo de muchas generaciones, del que el hombre se enorgullece.

Pero si este progreso científico y técnico-industrial ha transformado la sociedad, el mundo y la relación entre ambos, también, muchas veces la ha desvirtuado. En la medida, por ejemplo, en que el paso a la sociedad urbana ha hecho perder al hombre el amor, la percepción de la Naturaleza. Hasta tal punto, que los que más vinculados a ella están, los campesinos, la pierdan igualmente, dejándose deslumbrar por “productos milagrosos”, aun cuando no son eficaces sino dañinos, tan sólo porque su ruidosa presentación mediática les ha impresionado.

Pero, al menos, el hombre está orgulloso, no sin razón de este logro, lentamente alumbrado por los siglos, siguiendo la huella lejana de los griegos y las aportaciones de árabes, europeos y otras culturas: ¡La Democracia fruto de la racionalidad!. ¡Al menos tenemos esto entre manos!

Desgraciadamente, aquí también se impone un interrogante. Porque la Democracia no es una fórmula, ni consta de meros mecanismos jurídico-constitucionales. Así concebida sería una caricatura vaciada de toda racionalidad.

Me temo que nos estemos moviendo, al nivel mundial, dentro de formas democráticas que han perdido su sentido auténtico. Ya que éstos sus mecanismos se están vaciando de su contenido y quienes ostentan la responsabilidad colectiva por delegación, quienes podían y debían informar y actuar frente a esta situación, los líderes identificables, los líderes políticos (al menos gran parte de este colectivo, no todos felizmente y la prueba la tenemos en el gran apoyo que nos prestan generosamente los líderes dinásticos y los líderes políticos...) parece que sólo se ocupan de lo verdaderamente importante y vital para la comunidad, en la medida en que esta comunidad desinformada, apetece.

Temen al castigo de los votos: ¡Aquí tenemos la explicación del rechazo al protocolo de Kyoto!

En cuanto a los líderes situados en el corazón de las grandes dinámicas económicas que se mueven en el ámbito de la planificación global, no son identificables, no son susceptibles por tanto que se les reclame responsabilidad alguna, nominalmente. Así el barco de la economía, o al menos esto parece, es un barco con mando autónomo.

Finalmente unos y otros no informan, por desidia o por interés, a la opinión pública. Y cuando se filtra, a pesar de todo, una información, o un informe negativo como el concerniente al maíz transgénico se arrumba rápidamente no interponiendo a continuación un informe mínimamente imparcial que permita zanjar la cuestión.

O bien se acude a la especie aletargadora del fatalismo que induce a “mirar para otra parte” y provoca el desánimo radical. Se escuchan juicios tan poco probados como

repetitivos: “¡Es demasiado tarde! “¡No hay nada que hacer!” “No podemos cambiar el rumbo de la dinámica productiva”. Y también “No podemos atender al bienestar colectivo, o cambiar la filosofía de la vida de nuestras sociedades”. Esta “filosofía de la vida” es la del mundo opulento, el que más disfruta, el que más contamina. Así se encubre y avala la injusticia inmensa que caracteriza al mundo actual dividido entre los que no cesan de prosperar y los que sufren una pobreza creciente al nivel de continentes enteros.

Sin embargo, determinadas personalidades y organizaciones sí intentan hacer algo por la causa ecológica y por una mayor justicia. Tienen entonces que sufrir el acoso de quienes las ridiculizan colocándoles en el renglón de la extravagancia o de la “utopía”.

O sufrir la manipulación de quienes utilizan sin pudor alguno pero con gran aparatosidad el señuelo y el simbolismo de su causa para fines meramente propagandísticos.

Este Congreso se propone denunciar una situación así. Lo que acabo de decir se corresponde a esta denuncia. Denuncia de una filosofía de la vida economicista-positivista cuyo reclamo y única meta válida al nivel personal y colectivo es el poder, la riqueza.

Denuncia de la falta de compromiso de determinados científicos que optan por el interés de su empresa antes que por la verdad científica cuando hay conflicto entre ambos y no se oponen a las inversiones de empresas que destruyen la Naturaleza.

Denuncia del sentimiento de impotencia difundido por los “medias” (¡con felices excepciones!) jaleados por los clásicos profetas del fatalismo.

Pero si se quedara en la denuncia este Congreso sería también adalid del fatalismo. No lo es. Su convocatoria responde al objeto de despertar la opinión pública

nacional, mundial, informarla, prepararla para la actuación. Quiere ser el Congreso de la Esperanza.

La Democracia es ante todo cultura democrática, capacidad de ejercer la libertad y la responsabilidad personal y colectiva, de inventar otras vías que las ya trazadas.

Es Amor a la vida. Desde el fondo de todas las creencias de todas las religiones y místicas, retumba el grito de Cristo que se repercute a través de los siglos “Amaros los unos a los otros”.

Como dice Michel Serres en el “Contrato Natural”, ¿no implica esto, acaso, amor al mundo?, ¿Amor a la Naturaleza en su proximidad, respeto a su integridad y diversidad?

La Naturaleza, nuestra Madre a todos como la llama el Jefe Indio en su famosa carta al presidente de los EE UU. ¿Acaso no implica esto amor a los “otros”? (Estoy pensando en estos “otros” que son los gitanos al ver entre nosotros al presidente de “Presencia Gitana”) a los emigrados, y estos “otros” que son nuestros descendientes.

No se trata de quemar supermercados. No. Pero sí de saber que aún estamos a tiempo y de querer que aún estemos a tiempo.

Me acuerdo del consejo que me dio mi padre, y que me ha servido a lo largo de los años y en su caso salvado la vida:

“Acuérdate que cuando es demasiado tarde, aún no es demasiado tarde...”

Se trata de cambiar la llamada “filosofía de la vida” del colectivo mundial. Acabar con la parálisis ante el peligro con el doble ingrediente del miedo y del egoísmo.

Contra ambos promover líderes responsables de las estructuras mentales, siempre fluctuantes, de la sociedad civil.

Hombres y mujeres comprometidos intelectual y moralmente argumentando cada uno desde su deontología propia.

Líderes de la Iglesia y de las Iglesias que no pueden quedar inermes ante el suicidio colectivo lo mismo que ante el suicidio individual.

Líderes intelectuales que no pueden quedar inermes ante esta traición a la racionalidad. Los intelectuales orgánicos, sobre todo, más próximos al sufrimiento y al esfuerzo inmenso de generaciones anteriores.

Merecen una mención especial aquí los periodistas cuyo papel es esencial como lo fue hace años, cuando la dictadura.

Líderes económicos que existan detrás de las estructuras para que se comprometan en vez de inhibirse.

En fin, los líderes políticos, los “guardianes de la Polis”.

Todos ellos para que sean líderes de opinión, ya que la opinión pública es la única que puede salvar la situación presionando a los líderes políticos para inventar un presente responsable que prepare un futuro posible.

No es casualidad que este Congreso tenga lugar en España. Esta península batida por todos los vientos de la Historia que acaba, por fin, con un militantismo un poco olvidado ahora, por el inmenso despliegue de esto que tanto valoramos entonces, la energía social de conquistar su propia libertad.

En España, la última hija de la libertad en esta parte del mundo, ligada por la sangre y la cultura a su entorno mediterráneo latino y árabe y a la América toda, las ascuas aún están bajo las cenizas.

Esta es nuestra esperanza y nuestra apuesta, la del Amor al mundo, recordando que el “Amor es más fuerte que la muerte...”.